

El último / Fable

Carlos Jáuregui Didyme-Dome, West Virginia University

Yo soy hijo del desencanto y de la espera. Aprendí desde niño a mirar el cielo, ofrendar la sangre en el altar y secar los corazones al sol y esparcir su polvo, esperando toda mi vida los vientos fríos. Por años las cosechas se han perdido una tras otra. Soy el único que queda. El pueblo se cansó de plegarias y de nosotros sus sacerdotes inútiles. Yo me escondí cobarde y escapé a la degollina general. Con mi miedo tembloroso vivo. Nadie sabe como me duelo de mi suerte.

Hoy se han ido los últimos habitantes. Los vi alejarse con sus petates cargados de un cansancio que anticipa nuestro sino. Ninguno miró atrás.

Esta tierra mágica que fue nuestro hogar ya no nos regala su pan. Las lluvias que anegan hasta el alma y luego este calor que parece venir del fondo de la tierra pudrieron los postes de las casas, las semillas en las eras y hasta la esperanza que ha tiempo huele a carroña. La selva crece, acecha, sabe que muy pronto yo también me iré.

De nada sirvieron los sacrificios de los últimos años. Esta ciudad es infierno húmedo en la boca de un viejo agonizante, respiración azogue de fiera en el cuello de su víctima, salitre muerte entre las visiones de una fiebre. Los templos abandonados quedarán como homenaje a dioses ingratos que no oyeron nuestra hambre. Yo moriré entre los fantasmas de esta plaza soñando el futuro, solo, acariciando la obsidiana sin el valor necesario. Subiré todos los días las

escalinatas del templo a ofrecer un poco de sahumerio con la tenacidad de un viejo sacerdote al que sus dioses traicionaron, hasta que estas piernas se rindan.

Me gustaría morir al atardecer, cuando la brisa mueve las hojas de los árboles; morir junto al jaguar donde ofrecí el corazón de tantas vírgenes. Oigo su respiración agitada por el miedo que cabalga en las venas de los condenados; yo mismo ya lo siento; morir, morir y deshacer mi osamenta entre las hierbas que ya crecen en las piedras de este otrora majestuoso templo, envalentonadas por el olvido de los dioses y los hombres y el cansancio de este viejo sacacorazones sin fe.

Fabla

Hablo esta lengua de traidores del Islam,
de latinos renegados (siempre lejos de casa)
de conquistadores con un mar de por medio,
esta lengua que a veces me cansa con sus ssss,
con sus palabras bastardillas
un poco luz un poco odio un poco magia ripio un poco,
siempre desflorada
con su ay, su bisbiseo, y blablablá.
Esta mi lengua difícil aceitosa,
este menjurje de jerga de cuartel romano
trashumante visigodo, soldadesca árabe,
quetzal desplumado,
un atado de traiciones y dolor.
Esta mi fabla que sin embargo
tiene el color de los ladrillos de un pueblo
que cuece con barro rojo
moradas para los sueños aromados del exilio.